

NAI OSEPYAN

COMPORTAMIENTO FELINO



NAI OSEPYAN

COMPORTAMIENTO
FELINO

ILUSTRACIONES DE CAMILA VILAR



Introducción

Hay una frase de Charles Dickens que dice: “Qué mayor regalo que el amor de un gato”. Es probable que la hayan encontrado más de una vez en mis escritos porque suelo citarla y tenerla como referencia. Creo que estas pocas palabras describen a la perfección una verdad que solo quienes compartimos la vida con estos animales podemos entender. Ese amor no es algo que pueda darse por hecho, hay que saber ganárselo y merecerlo.

Es curioso cómo esa característica, tan propia de esta especie, haya impactado de maneras tan diversas en la nuestra. Recordemos que hablamos de animales tan perseguidos como venerados, asociados a las artes más oscuras y a las mejores de las energías, siempre coqueteando entre la magia y el misticismo.

Lo cierto es que al día de hoy, si bien los gatos han ganado popularidad como integrantes de la familia, aún surgen muchas dudas sobre la convivencia con ellos y cuáles son las cosas que realmente necesitan. ¿Por dónde empezar a informarse? Ahí es donde entro en escena.

Dicen que las pasiones te van a llevar lejos, y la mía siempre fueron los gatos. Recuerdo las veces que me han dicho: “Vos sos loca”, haciendo alusión al tiempo y a la energía que les dedicaba, preocupados porque algún día pudiese llegar a arrepentirme.

Estudiarlos, calentar mamaderas a la madrugada, levantarse cada dos horas para darles un remedio, limpiar todo tipo de heridas, cocinarles, llevarlos a un especialista, dormir en el piso haciendo guardia, llorar a mares por un gato que ni conocía pero no se llegó a salvar... Las hice todas y más. Gracias a eso pude combinar la teoría con la práctica, y compartir mi fervor con la manada que hoy converge, se identifica y me acompaña bajo la insignia de Comportamiento Felino.

Una vez más vuelvo a buscar inspiración en los libros, y hay un diálogo de *Alicia en el País de las Maravillas* entre el Señor Conejo y el Sombrerero que dice lo siguiente:

Sr. Conejo: Lo mejor será que bailemos.

Sombrerero: ¿Y qué nos juzguen de locos, Sr. Conejo?

Sr. Conejo: ¿Usted conoce cuerdos felices?

Sombrerero: Tiene razón, ¡¡bailemos!!



Tener la suerte de encontrar algo que se ame y nos apasione lo suficiente como para hacer cosas que según el resto desafían los parámetros de la cordura, no solo es una bendición, sino también lo más cerca que se puede estar de encontrar nuestra razón de ser. Difícilmente uno se arrepienta del amor, la energía y el tiempo invertidos en eso.

Hoy, una vez más, elijo abocarme al mismo tema: los gatos, plasmando en este libro el poco o mucho conocimiento que tengo sobre ellos a fin de promover convivencias más amenas y enriquecedoras para ambas partes.

No importa cuál sea el motivo o cómo fue que este libro llegó a tus manos, me gusta creer que nada es casual, y todo pasa por algo. Por mi parte, siempre será un placer ser guía en este camino de ida que son los gatos.

Si me acompañan... Bailemos.





Cat person

Un poco de historia

A lo largo de la historia ha habido cantidades de artistas y personajes ilustres que tenían admiración por los gatos. Sin ir más lejos, se dice que la puerta para gatos fue inventada por Isaac Newton, harto de que lo interrumpiesen para entrar y salir constantemente.

Siempre pensé que tenía que haber una razón o lógica entre la personalidad de quienes se identifican con los gatos y quienes se identifican con los perros. Así fue que encontré un estudio realizado por Gosling, Sandy y Potter sobre el tema que lo confirma, pero vamos a ahondar en eso luego. Lo que quiero remarcar de ese estudio es un único punto de los resultados que arrojó: los hombres encuestados que tenían gatos resultaban ser más neuróticos que aquellos con perros, mientras que en el caso de las mujeres no había tanta diferencia en los puntajes. En pocas palabras: los gatos parecieran ser más atractivos para los hombres neuróticos que para las mujeres neuróticas. Nadie lo vio venir.

Los gatos han sido asociados a la magia y lo femenino desde que el mundo es mundo y Mirtha Legrand habita estas tierras. A veces para bien, a veces para mal, pero me pregunto entonces, ¿dónde nace esta asociación? Ahí es que nos vamos bastante más atrás en el tiempo.

De todas las culturas que han venerado a los gatos, es probable que el Antiguo Egipto sea la más conocida. Tal era la estima que se les tenía que se creía que sus almas iban al mismo lugar que las de los humanos, y se han encontrado muchos gatos momificados. Esto me resultaba un gran gesto hasta enterarme de que si el humano moría primero a veces se mataba al gato para enterrarlos juntos. Ilusa yo que creía que simplemente agregaban al gato después. En fin, quedémonos con que la intención era buena.

Dos de las diosas más veneradas fueron Bastet y Sekhmet, ambas diosas felinas. Bastet era representada como una mujer con cabeza de gato y estaba asociada al hogar, la fertilidad y la protección. Los gatos eran considerados encarnaciones de la diosa y residían en gran número en su templo al cuidado de los sacerdotes. Atentar contra un gato se consideraba un crimen contra la mismísima Bastet. Sekhmet, por otro lado, personificada con cabeza de león, se consideraba la protectora de los faraones, siendo símbolo de fuerza y poder.

Pero no solo los egipcios les dieron lugar a los gatos. En la mitología nórdica, por ejemplo, la diosa Freya guiaba a las valquirias selectoras de los caídos en batalla en un carro tirado por dos grandes gatos azules: Bygul y Trjegul (por favor no bauticen así a sus gatos que es un incordio para el veterinario a la hora de completar su historia clínica).

La mitología celta es otro buen ejemplo. En ella se predicaba que las hadas podían convertirse en gatos negros, lo que hacía

que su avistaje en una casa o pueblo fuese considerado como símbolo de buena suerte.

Ya en la Edad Media la reacción hacia ellos fue distinta, y su autonomía una marca de herejía. Lejos de que esto se convierta en una lección de historia, me resultó muy interesante el análisis que hace la historiadora Irina Metzler sobre cómo eran percibidos en aquel entonces. De por sí se debe entender y tener en consideración el contexto de la época, donde a todos los animales se los “utilizaba” para algo, y hasta se les podía “enseñar” algo. A los gatos, no. Los gatos se mantenían (igual que ahora) en el umbral entre lo salvaje y lo familiar. Mientras mantuviesen la capacidad de ser buenos cazadores de roedores seguirían siendo útiles, aunque sin estar completamente domesticados y al servicio del hombre, lo que ocasionaba una tensión constante. En una suerte de comparación, los herejes eran percibidos de una forma similar. El hecho de desafiar las creencias religiosas tradicionales los ubicaba próximos a lo indomable, otorgándoles a su vez ciertos aires de soberbia y superioridad que, obviamente, no eran bien vistos. No es extraño que en lo que a animal simbólico concierne, los gatos fuesen el animal herético por excelencia.

Bueno, pero ¿cómo llegamos a las brujas y todo eso? Resulta que en el año 1233 el papa Gregorio IX emitió una epístola decretal, *Vox in Rama*, que asociaba a los gatos con todo lo relacionado a la brujería y, más específicamente, a Satán. Este decreto se acuñó en respuesta a los rumores de que había cultos satánicos en Alemania con participación de gatos negro. O sea, el decreto no decía explícitamente que la gente debía salir a matar gatos, pero dejaba la pelota en el arco para que la patearan. Así fue que a lo largo y ancho de Europa, la matanza y tortura de gatos se volvió algo frecuente y celebrado. De hecho al día de hoy aún se “celebra” en Bélgica un festival donde se arrojan gatos de peluche desde la torre de una

iglesia y luego se los prende fuego (me resulta igual de tétrico aunque sean de peluche).

Este estigma vino aparejado a la persecución de brujas, que tuvo como consecuencia el asesinato de una incontable cantidad de mujeres. Tan solo por tener un gato podían ser asociadas a esas prácticas, sin necesidad de prueba alguna, y los felinos corrían la misma suerte que ellas —en muchos casos fueron arrojados desde torres o prendidos fuego en la misma hoguera (ya sabemos qué hubiese pasado conmigo de haber nacido por esos días)—.

Se imaginan que después de todo esto parece bastante kármico (y castigo casi divino) cuando a mediados del 1300 apareció una variante particularmente letal de una plaga transmitida por las ratas que arrasó con la población de Europa. Y sí, menos gatos, más ratas, la Peste Negra... ¿Me siguen? Sí, hubiese sido lindo, pero no. No cierran las cuentas. La famosa Peste Negra apareció un siglo después del bendito decreto, y países que amaban a los gatos, como en Egipto, también se vieron afectados de igual forma.

Lo bueno es que, además de los egipcios, han existido otras culturas con un gran aprecio a los felinos en lugar de seguir las tendencias europeas. Por ejemplo, los japoneses consideran a los gatos un símbolo de buena suerte, especialmente para las mujeres solteras, ya que se cree que tienen el potencial de atraer postulantes atractivos (ya saben, menos Tinder, más gatos).

Así llegamos a la actualidad donde, un poco el paso del tiempo y otro tanto (creo yo) la misoginia, termina identificando a las mujeres que tienen gatos con la imagen de una “solterona”, de cierta inestabilidad mental, casualmente inmortalizada en *Los Simpson*. De hecho, creo que no hay mujer con gatos a quien no le hayan advertido que puede terminar como la “loca de los gatos”, y ni hablar si no está en pareja. No me considero una persona particularmente susceptible ni con facilidad para ofenderse,

pero esa es una de las situaciones en las que ya ni me molesto en fingir sonrisa, cansada de la comparación.

Creo oportuno hacer un paréntesis en esto: si bien siempre es más fácil reírse y cambiar de tema (créanme, tengo un máster en evitar conversaciones incómodas), ¿cuántos siglos más deberemos aguantar los prejuicios por el simple hecho de ser mujeres independientes que aprecian a los gatos? No creo que sea pura coincidencia ni paranoia tanta acusación y persecución (y lo digo en sentido tanto tácito como literal). ¿Notaron que no hay personajes masculinos análogos? No hay un “loco de los perros” o un estereotipo de “viejo ermitaño”. Aun cuando entre amigos puedan hacer “chistes” (odiosos si me preguntan a mí) sobre la orientación sexual de un hombre que elige tener un gato, la predicción de vejez en soledad cual electrodoméstico defectuoso queda siempre reservada para las mujeres.

No se trata de levantarse en armas, sino de marcar un límite de respeto, aunque más no sea por todas aquellas mujeres que lo pagaron en una hoguera. Así lo señala la frase que ya es bandera del feminismo: “Somos las nietas de las brujas que no pudieron quemar”. No lo olviden.

Que quede claro y por escrito que ni brujas ni locas. Mágicas, y con mucho amor por los gatos.

Del gato no se vuelve

¿Se acuerdan del Nokia 1100? De los primeros celulares, el que traía el juego de la viborita. Sí, se me cae el DNI cuando hablo de estas cosas, pero en fin. Allá por el comienzo de este nuevo milenio nos desesperábamos por esa tecnología y, sin embargo, hoy, al lado de un Smartphone... Sí ya sé que las comparaciones son odiosas, y no se trata de que uno sea “mejor” que otro, en

absoluto, pero uno viene con más aplicaciones, ¿no? Bueno, algo así creo que sienten las personas que toda la vida tuvieron perros y adoptan un gato. Sin ir más lejos, me acuerdo cuando el novio de mi prima me hablaba fascinado del nivel de articulación que tenía el gato en sus patas y “cómo usaba las manitos”. Claro, si de por sí los gatos parecen hechos de plastilina, ni hablar para alguien que viene acostumbrado a los perros.

Admito que mi visión difícilmente sea objetiva, pues a diario escucho a personas describir su experiencia de vida con un felino.



Y me pregunto, conocen a alguien que diga: “¿Gato? ¡Nunca más!”. Nadie. Porque del gato no se vuelve. No significa que se dejen de amar a otros animales, pero es como comparar un Nokia 1100 con un Smartphone. Y les digo más, quienes toda la vida habían jurado odiarlos terminan siendo los más devotos a la hora de convertirse al gatolicismo (sin duda la relación con un gato es incomprensible vista desde afuera). Cualquiera puede dar fe de recibir un gran festejo cuando se visita una casa donde hay un perro, lo que facilita entender el amor hacia ellos. Es casi políticamente incorrecto que alguien diga que no le gustan los perros. ¿Cómo no te van a gustar los perros?! ¡Celebran tu existencia con semejante alegría que negarles una caricia sería como darle vuelta la cara a Gandhi! Sin embargo, podrá caer mejor o peor, pero no llama la atención que alguien diga que no le gustan los gatos. Casi diría que es bastante frecuente, y que alguien les tenga fobia (no miedo, fobia) ni hablar.

Claro, no hay creencias sobre lo traicionero que pueda ser un perro, en cambio, ¿cuántos mitos giran en torno a los gatos? Nadie va a creerte tan solo porque vos que tenés un gato afirmes lo contrario. Es tu palabra contra la evidencia: cuando se visita a alguien



que tiene gatos, muchas veces ni te llevan el apunte y nunca sabés qué están pensando o, peor aún, te dejan bien claro que no sos bienvenido. No es inusual ganarse un soplido de lejos o inclusive un zarpazo si le pasás cerca de camino al baño (si no me creen, pregúntenles a mis amigas de la infancia cómo las trataba mi gata de aquel entonces). Y es que, al igual que con el Smartphone, hay que tener el propio para entender y dar fe de por qué de pronto nuestra vida y atención pasa por ahí. Con conocimiento de causa les aseguro que, aunque visto de afuera no tenga sentido, del gato no se vuelve (y del Smartphone, tampoco).

En mi caso, más de una vez me he ganado el rótulo de “complicada” porque, sin ánimos de ofender a nadie ni a ninguna especie, siempre me resultó insulso lo fácil o simple y, en cambio, me atraen los desafíos. Por ejemplo, a la mayoría de las personas les gusta el verano; a mí me gusta el invierno. Y sí, seguramente sea más fácil encontrar lo “lindo” o algo que hacer en un día de veintipico de grados y sol que en un día nublado y con frío, que son mis predilectos.

No es extraño que lo mismo me pase con los animales. A la hora de elegir, los perros me gustan, los quiero, pero siento que le agradan a la mayoría porque te la ponen fácil. Casi que están hechos para quererte y adaptarse a lo que se les pide... El gato, no.

El gato te la pone difícil.

El gato no te deja pasar una; nomás faltale el respeto y te la devuelve con creces.

El gato tiene necesidades que no negocia por nada ni nadie por mucho que nos quiera (vaya golpe al ego y qué lección de vida, ¿no?).

El gato te la pone difícil a la hora de tener que explicar por qué despiertan fervor aun cuando ponen distancia al punto de esquivar una caricia o de huir despavoridos si tratamos de darles un beso en un mal momento. Ni hablar de lo difícil cuando viene

alguien a dormir, y sacarlo del cuarto no es opción, aun si ataca al invitado o hasta le hace pis encima (sí, he tenido asesorías para trabajar que “el gato meó al chongo”). El gato te la pone difícil para justificar por qué preferimos no tener adornos, o tenerlos pegados a los muebles antes que bajarlos a ellos de los estantes.

El gato hasta el día de hoy es un enigma en más de un sentido y me atrevo a decir que también, en parte, lo somos las personas que los elegimos. Sabemos que la convivencia con ellos será una negociación constante, probablemente perdida desde un principio, pero lejos de desalentarnos es lo complejo del vínculo lo que en muchos casos más atrae.

El gato ni siquiera se educa, y este será uno de los principales conceptos que debemos aprender: nos educamos nosotros sobre sus necesidades y su naturaleza. Les aseguro que con eso alcanza, pero ya volveremos luego a ese tema.

El gato te la pone difícil y por eso no es para cualquiera, pero ¿existen realmente las llamadas “personas de gatos”? Pues sí.

Características de una *cat person*

¿Se acuerdan del estudio que les nombré al comienzo? Vamos a ahondar un poco más en él y sus resultados.

En principio, este estudio comenta que aquellas personas que se autodefinían como personas “de perros” eran descriptos como leales, directas, amables, serviciales y extrovertidas, mientras que las personas “de gatos” se asociaban con ser elegantes, sutiles, independientes, inteligentes, consideradas y misteriosas.

Según los autores, los gatos suelen ser percibidos casi como irreverentes, mientras los perros “siguen a la manada”. No parece casual que las personas que se identificaban con los gatos obtuvieran puntajes mucho más altos en su predisposición a probar

nuevas experiencias. ¿Por qué? Porque esto indica una personalidad inconformista y que sigue sus propios intereses en lugar de mezclarse con el resto, lo que hace probable que vean a los gatos similares a ellos.

Ahora, el 45 % de las personas encuestadas se autodenominaba como “personas de perros”, el 28 % como “de ambos”, el 15 % de ninguno, y solo el 12 % como “personas de gatos”, lo que tiene sentido si tenemos en cuenta lo anterior, confirmando que se trata de un grupo mucho más peculiar. Otro aspecto que salió a relucir fue que las características de las personas que se ven atraídas hacia los perros no era muy distintas de quienes se decían amantes de ambos (tanto perros como gatos), ni de aquellos que no eran afines a ninguno, mientras que los amantes de los gatos diferían notablemente de los demás grupos. Esto infiere que los amantes de los gatos son personas que salen de lo común y a quienes, definitivamente, no les da igual un animal que otro. De hecho, a raíz de todo esto, se realizó una encuesta a más de seis mil personas que convivían con animales, planteándoles lo siguiente: “Considerando que tuvieran el espacio adecuado, el tiempo, los recursos, y ninguna objeción de las personas con quienes habitan, si alguien les regalase un cachorro, ¿se lo quedarían?”. El 68 % de las personas que tenían únicamente gatos respondió que no, mientras que el 70 % de las personas que tenían perros respondió que sí. Esto sugiere, precisamente, que aquellas personas que tienen perros podrían potencialmente tener también gatos, mientras que quienes conviven con felinos tienen muy clara su preferencia.

Algo que aún carece de explicación es la razón por la que algunas personas desarrollan esas determinadas preferencias, pero lo que salta a la vista es que el hecho de considerarse una “persona de gatos” requiere mucha más explicación que el ser una “persona de perros”. Casi que describirse así viene automáticamente acompa-

ñado por la contrapregunta: “¿Y por qué?”, mientras que a nadie le llama la atención que otro diga: “Me gustan los perros”. Como que no hay mucho que ahondar ahí.

Este estudio también hizo hincapié en que los cinco grandes rasgos de personalidad tienen como variable el hecho de ser socialmente aceptables. Específicamente, los niveles altos de amabilidad, extroversión, responsabilidad y apertura a las nuevas experiencias, con bajos niveles de neuroticismo o inestabilidad emocional, son considerados como mucho más deseables que sus polos opuestos. Es así que se puede observar una clara correlación con las personas que se identifican con los perros y las mejores calificaciones a la hora de evaluar los rasgos socialmente aceptables, exceptuando la apertura a las nuevas experiencias, en lo que las personas afines a los gatos obtienen puntuaciones más altas.

¿Qué sacamos de todo esto? Que justamente el estar abierto a probar nuevas experiencias tiene una relación más complicada con lo que se considera socialmente aceptable. No es un dato menor que a la mayoría de las personas les resulte molesto lo disruptivo. Se cree que aquellas personas reacias a probar cosas nuevas tienden a percibir a las de mente más abierta como demasiado idealistas o en poco contacto con la realidad. Mientras tanto, las personas de mente más abierta tienden a prejuizar a las de mente más cerrada considerándolas menos interesantes o inculatas. En resumen, parece ser que para quienes se identifican con los perros, el hecho de estar abiertos a nuevas experiencias no resulta algo demasiado importante, mientras que para aquellos que nos identificamos con los gatos, se valora y reconoce como parte de la propia individualidad, orgullosos de pertenecer a tan selecto grupo.

Y ustedes, ¿con cuál se identifican?

